

MATRIMONIO

**Celebración,
lecturas y homilías**



Cinco homilías

1. Homilía para todo tipo de novios y de asambleas

Mateo 5,1-12

Queridos novios:

Seguramente, con todas las preocupaciones de estos días por tenerlo todo a punto y con el deseo de que todos lo pasen bien en vuestra fiesta, os es muy difícil en estos momentos poner todos vuestros sentidos en lo que ahora estamos haciendo. Con todo, os invito a poner atención a mis palabras en estos breves minutos.

Fijaos en qué nos ha dicho Jesús, qué os ha dicho a vosotros dos. Os ha felicitado muchas veces, añadiendo diferentes matices en cada felicitación. En este texto tan sencillo y profundo de las Bienaventuranzas Jesús os quiere felicitar por toda la vida que ahora empezáis, y por todas las situaciones en las que os podáis encontrar, tanto como pareja como en las relaciones con otros. Tanto en los momentos tranquilos, de paz y serenidad, como en los momentos cruciales y difíciles de la vida... los conflictos, los malentendidos, las injusticias... Y os invita a responder de todo corazón.

(Para Jesús, ¿qué significa ser feliz?)

Nosotros, cuando nos felicitamos, a menudo lo hacemos de forma convencional. Procuramos ser sinceros, pero si nos preguntáramos qué queremos decir cuando decimos “felicidades” quizá nos quedaríamos sin palabras. O quizá nos atreveríamos a decir que deseamos que deseamos que aquellos a los que felicitamos tengan salud, tengan suerte, trabajo estable, amigos, una buena casa... y, quizá diciéndolo

más flojito, dinero para disfrutar de todo ello. Es decir, tenemos nuestra idea de lo que significa la felicidad, porque además, es la idea común que tenemos en nuestra cultura de una manera espontánea.

¿Coincide esta idea con la propuesta de Jesús? Cuando se dirige a vosotros y os dice “sed felices”, ¿piensa y desea todo esto para vosotros? ¿O quizá va más allá y más a fondo? Para Jesús, ¿qué quiere decir ser feliz?

(La experiencia de Jesús es la experiencia de Dios que nos ama)

Jesús conocía a fondo el corazón humano. Él mismo experimenta la familia, la amistad, la soledad, sentirse valorado o rechazado incluso por sus más allegados. También se siente tentado a dejarlo correr todo al darse cuenta de que no lo entienden o de que no quieren entenderlo... A pesar de todo tira adelante y arriesga hasta el final. No desfallece. No desespera. Vuelve a empezar una y otra vez. Insiste en su propuesta. Sabe que es amado por Dios, su Padre. Sabe que vale la pena amar y entregarse a los demás aunque lo vean un poco excéntrico o de que lo puedan considerar un fracasado.

No busca satisfacciones inmediatas sino que busca el bien del otro, la verdad de las cosas, el perdón y la misericordia en las relaciones... Busca que el otro pueda encontrar la paz, que sea libre, que pueda desarrollar todas sus capacidades, que encuentre descanso y confianza en sí mismo y en Dios. Quiere que el otro se sienta vivo y con ganas de vivir y de transformar el mundo, porque la vida es un regalo de Dios que vale la pena gozar a fondo, sin engaño y sin perderse en la superficialidad y las falsas ilusiones.

(Jesús quiere vuestra felicidad y quiere amar a los demás a través de vosotros)

Jesús sabe cuál es el deseo y la voluntad de Dios, y por eso quiere lo mejor para vosotros. Quiere que encontréis la felicidad allí donde de verdad se encuentra, sin falsificaciones ni aditivos. Quiere que la encontréis vosotros mismos en el fondo de vuestro corazón... cuando seáis capaces de amar la vida, de valorar vuestra dignidad de personas,

de poner al servicio de los demás vuestras cualidades y capacidades de toda clase. ¿Cómo os enamorasteis sino viendo en el otro la belleza y las cualidades interiores que otros no sabían apreciar?

Dios está enamorado de vosotros y espera de vosotros que colaboréis con él para construir otro mundo, para transformar este mundo y hacerlo mejor de lo que es, más libre, más fraterno y más justo. Un mundo donde se respeten los derechos de todas las personas y no se destruya el equilibrio de nuestro planeta. Él lo llamaba anunciar y construir el Reino de Dios. Por eso hablaba de Buena Nueva, porque era un proyecto nuevo y animador.

(Dios está de fiesta con vosotros y os felicita)

Hoy es una gran fiesta. La vuestra. Y Dios está de fiesta con vosotros. Se alegra con vosotros. Bendice el compromiso que realizáis hoy teniendo como testigos a la familia y a tantos amigos que os aman. Hoy vosotros asumís una gran responsabilidad: os comprometéis a ser felices y a hacer felices a los demás, y os comprometéis a poner todas vuestras energías y cualidades por tal de que vuestra pareja sea feliz, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad... Es decir, en cualquier situación en la que os encontréis, porque vuestro compromiso es el del amor, un amor humano tan profundo y fiel que participa del amor de Dios.

Por esto abrí vuestro amor a la vida. Seguro que también sabréis abrir las puertas de vuestra casa a todo aquel que lo necesitará. Él, hoy, está aquí entre nosotros y con vosotros, y se compromete a estar a vuestro lado por la fuerza y la gracia del sacramento del matrimonio. Siempre podréis contar con él. Siempre podréis contar con nosotros, los familiares y amigos que compartimos con alegría vuestra fiesta y que nos sentimos agradecidos por vuestro compromiso. Damos gracias a Dios por esto y os felicitamos, como ha hecho Jesús con las Bienaventuranzas.

Josep M. Fisa

2. Homilía para todo tipo de novios y de asambleas

Mateo 5,13-16

(Un matrimonio que convenza)

Todos conocemos matrimonios que nos convencen con su manera de vivir el matrimonio. Estos matrimonios, familiares o conocidos, no están lejos de nosotros. Afortunadamente son muchos los que están contentos de haberse comprometido en el amor, que tienen buen humor e ilusión para celebrar su aniversario y todo lo que da un carácter festivo a su estilo de vivir, que cada día que pasa es un don de Dios para crecer en el amor. Un matrimonio que se ama de verdad no deja de ser un estímulo y un aliento para las nuevas generaciones, porque el amor verdadero siempre es una fuente de armonía, de diálogo, comprensión, perdón...

El evangelio nos decía que siempre valoraremos la sal que da buen sabor a los alimentos, y la luz que ilumina.

La sal, una sustancia tan pequeña, hace que aquellos alimentos resulten totalmente nuevos, y la luz rompe la oscuridad y lo llena todo de vida.

Así también los matrimonios que viven en el amor, que lo comunican con sus relaciones y sus compromisos, que su hogar está abierto, hasta donde llegan sus posibilidades, a las necesidades que piden una respuesta... son una luz que ilumina y una sal que no sólo ayuda a su matrimonio, sino que es un buen punto de referencia para los de su entorno.

Un matrimonio que irradia amor siempre será un centro de atención porque resplandece ante la gente, y nosotros siempre nos sentimos

atraídos por la luz. Esto no significa que no tengáis dificultades en vuestra vida, porque los problemas existen y son de muchas clases: salud, trabajo, convivencia.... Aunque también creo que, si os amáis de verdad, toda esta complejidad de la vida, en vez de deshacer el matrimonio, lo pondrá a prueba y hará que salga más fortalecido que nunca.

(Cristo, nuestro punto de referencia)

Sin duda que hay muchos matrimonios que con su manera de quererse transmiten el amor de Cristo, que se dan mutuamente como Cristo se dio, que se entregan a los demás como Cristo lo hizo... todas estas parejas son un espejo que, con más o menos imperfecciones, revelan el amor de Cristo y se convierten para nosotros en un faro luminoso que atrae.

En todas las iglesias, con más o menos santos, siempre encontramos la imagen entrañable del crucifijo, y cuando lo miramos de cerca vemos hasta dónde llega el amor de un Dios que se nos da en Cristo Jesús, sin reservas, de una manera total y hasta el final. De manera que no podía dar una prueba más grande de amor que la que nos ha dado. En la cruz encontramos el alma del matrimonio cristiano: proponemos amar como Cristo nos ha amado.

Y si decimos que el amor cristiano es tan fuerte que nada ni nadie lo puede romper, es porque se refleja en el amor de Dios, siempre fiel.

(Os deseo la felicidad)

En nombre de la comunidad cristiana, representada por todos los aquí presentes, os deseo y pido al buen Dios que todos aquellos anhelos de afecto, de estima y compromiso en el amor sean para iluminar, con vuestro estilo de vida, a los familiares y amigos que hoy gustosamente os acompañan, y a todas aquellas personas que os encontraréis a lo largo de vuestra vida.

Y el don de los hijos, que serán testimonio perenne de vuestro amor a lo largo del tiempo. Ellos se realizarán y os querrán con mucho amor si ven que vosotros os queréis de verdad, porque vuestro amor será su alimento, su luz y su vida.

Esto es lo que dentro de poco expresaréis con el “sí” que engloba toda vuestra existencia. Y nosotros os acompañaremos con una oración muy confiada para que siempre sepáis responder a todas las inspiraciones del buen Dios, que serán para vuestro bien.

Joan Puig

3. Homilía para novios con vivencia cristiana

Romanos 12,9-18

Mateo 5,13-16

Queridos novios **N.** y **N.**; estimados familiares y amigos:

Antes de realizar el sacramento del matrimonio, hagamos un pequeño comentario a las lecturas que acabamos de escuchar.

(Aprender a convivir a la luz de los valores evangélicos)

En el primer texto, el apóstol san Pablo nos ha mostrado el retrato de una existencia cristiana, vivida en coherencia y autenticidad. Palabras muy adecuadas para todos los aquí reunidos, pero de modo muy particular para vosotros, **N.** y **N.**, que estáis celebrando vuestra unión matrimonial.

Entre otras cosas habéis oído: “Que vuestro amor no sea una farsa. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Vivid en plena armonía unos con otros y no seáis altivos. Haced lo posible, en cuanto de vosotros dependa, por vivir en paz con todos”. Podría decirse que todas esas recomendaciones de san Pablo tienen una única finalidad: aprender a convivir a la luz de los valores evangélicos.

“Aprender a convivir”: esa será también vuestra tarea más hermosa y será, posiblemente, vuestra tarea más delicada y costosa. Ese objetivo, como bien lo sabéis, no se puede alcanzar mágicamente con los buenos deseos de un momento, de un día, o de esta celebración matrimonial.

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar” escribió el poeta. También vosotros, al andar tendréis que hacer el camino. Cada día tendréis que cuidar y enriquecer vuestra entrega mutua; cada día tendréis que fortalecer esa fidelidad que hoy os prometéis. Cada día

tendréis que encender, en definitiva, el fuego de vuestro amor. Y ese “aprender a convivir” os exigirá, de modo constante, renuncia, generosidad de corazón y también el mutuo perdón.

(Ser luz y sal el uno para el otro, y serlo para los demás)

En el evangelio el Señor nos ha dicho: “Vosotros sois la luz del mundo. Vosotros sois la sal de la tierra”. Luz que ilumina, sal que sazona: ¡dos cosas tan necesarias en nuestra vida! Sed también vosotros mutuamente *luz y sal* en vuestro día a día: en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas, en medio de todas las circunstancias y avatares de vuestra vida.

Pero los dos juntos sed también *luz y sal* para los demás, para vuestros vecinos, para las personas que recurran a vosotros en cualquier necesidad.

N. y N.: vais a formar un hogar, una familia. Todos conocemos casas cerradas, amuralladas, replegadas en sí mismas; y también otras abiertas y acogedoras. Que vuestro hogar sea abierto, que sea un lugar alegre y acogedor, dispuesto siempre a prestar ayuda, a ofrecer un servicio, a compartir una alegría con los demás; pues, como bien se ha dicho, “la puerta de la felicidad se abre hacia fuera”.

Sí. En esa apertura a los demás –como en cada página nos recuerda el evangelio– se encuentra la verdadera sabiduría; y se encuentra, también, la clave de esa felicidad humana, que no la pueden ofrecer ni el bienestar, ni la fama, ni el dinero. Y para terminar, queridos novios, tomad como escritas para vosotros aquellas palabras del salmo:

“Dichoso el ser humano que tiene su gozo
en la palabra del Señor.

Será como un árbol plantado junto al río,
da fruto a su tiempo y sus hojas no se marchitan jamás” (*Salmo 1*)

Xabier Basurko

4. Homilía para novios con vivencia cristiana

Romanos 8,35-36

Mateo 7,21.24-29

(La roca es vuestro amor)

El matrimonio que estamos celebrando y que el Señor va a bendecir constituye un momento crucial en vuestras vidas. Culmina vuestros procesos de formación en el seno de dos familias diferentes; e inicia otra que tiene vocación de definitiva: la de la constitución de una familia nueva llamada a prolongarse en los hijos, fruto de este matrimonio. Hoy ponéis en marcha todo un proyecto de vida en común que de ahora en adelante viviréis en plural.

El texto del evangelio que acabamos de proclamar os propone la parábola de la necesidad de construir la casa sobre roca, para ayudaros a tomar conciencia de las condiciones requeridas para dar solidez y garantía de duración a vuestro proyecto, sean cuales sean las circunstancias por las que discurra vuestra vida.

La roca sobre la que edificar vuestro proyecto, ya lo habéis adivinado, es vuestro amor. Despertado con ocasión de un encuentro que vosotros solos conocéis; cultivado con esmero y madurado a lo largo de vuestro noviazgo, ha llegado el momento en que os sentís capaces de declarároslo con toda confianza y prometéroslo para el resto de vuestra vida. El amor que sentís, que vivís el uno por el otro, es la condición indispensable para que la promesa que os vais a hacer tenga garantía de permanencia. Ninguna otra razón, ningún otro motivo podría hacerlo. Ese amor mutuo es, además, razón sólida; basados en ella podéis embarcaros confiadamente en esa aventura que habéis decidido vivir en común.

(El amor, lo más valioso que le puede ocurrir a la vida de una persona)

Porque el amor es lo más valioso que le puede ocurrir a la vida de una persona; es lo más grande de todo lo que somos capaces de hacer. Tan grande es, tan valioso es el amor que se le ha llamado la sal de la vida. Sin él la vida humana perdería su sabor, carecería de sentido. Quitad de la vida de una persona el amor, todo amor, y podéis estar seguros de que tenéis una persona desdichada. Privad a un niño del clima especial que crea en la familia el amor de los padres y le habréis privado de las condiciones para crecer como persona. Dadle, en cambio, una familia en la que reine el amor, y por más bienes o comodidades o medios materiales que le falten le habréis puesto en buenas condiciones para llegar a ser una persona cabal.

En el famoso poema de la *Divina Comedia* se dice con razón que “el amor mueve el sol y las otras estrellas”. Seguramente, porque su autor sabe que el origen de la creación es el amor de Dios que con ella preparaba la casa para la humanidad, es decir, para la gran multitud de hombres y mujeres llamados a formar la familia de sus hijos. El amor, se ha dicho con la misma razón, es el principio y el fundamento de todo. Es la fuerza que mantiene en el ser a todo lo que existe.

(El amor del hombre y la mujer, sacramento de la presencia de Dios)

Muchas cosas, todas las cosas creadas reflejan la sabiduría, la belleza y el poder de Dios: “Los cielos pregonan la gloria de Dios”; “Llena está la tierra de tu alabanza”, cantan los salmos. Pero nada lo hace con tanta perfección como el ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Creados como hombre y mujer, el hombre y la mujer y el amor que se tienen, como forma más perfecta de la relación entre las personas, son el sacramento por excelencia de la presencia de Dios. Por eso se ha podido decir que en el tú humano, en la relación verdadera con él, y ninguna tan verdadera como la del amor, tocamos la orla del Tú eterno, es decir, de Dios.

Por eso no es extraño que el amor sea una de las pocas experiencias que nos permiten vislumbrar que la vida humana y lo que en ella

construimos tiene vocación de perennidad. San Agustín, refiriéndose a la persona a la que había amado como la mitad de su alma, dice que la había amado como si nunca hubiera de morir. Y un dramaturgo del siglo pasado hacía decir a uno de sus personajes refiriéndose a la persona amada: “Tú al menos no puedes morir”. Por eso decimos que el amor mutuo es condición y garantía de la duración de vuestro amor.

(El amor necesita de ayudas)

Pero ¿es garantía plena? No, ciertamente. El amor humano, como todo lo humano, está tocado de finitud, de contingencia, de precariedad. Siempre está expuesto al desgaste del tiempo, al influjo de los cambios importantes de las circunstancias que pueden producirse a lo largo de una vida, a la posible infidelidad que se sigue del mal uso de la libertad de las personas. Por eso vuestro amor necesita de ayudas y de apoyos. La misma condición humana parece haberlo previsto. Por eso los casados cuando pasan a vivir juntos no tienen por qué pasar a vivir aislados. Vuestras familias, vuestras amistades, que os han acompañado hasta ahora y que hoy os acompañan, pueden seguir prestándoos una ayuda importante para el mantenimiento de vuestro amor. Más todavía lo prestarán vuestros hijos, en los que se reconoce el amor mutuo del que proceden, y en cuyo amor compartido por los dos puede fortalecerse como seguramente no sois capaces de preverlo ahora.

Vuestra decisión de celebrar el matrimonio en la Iglesia, con la comunidad cristiana, ofrece a vuestro amor nuevas dimensiones capaces de enriquecerlo y animarlo. Porque el centro de la vida cristiana no son unas verdades que creer, ni unos mandamientos que cumplir. Habiéndonos revelado Jesucristo que el Dios en el que creemos es el amor en persona, el centro del cristianismo no es otra cosa que el amor de Dios: “¡Mirad qué amor tan grande nos ha tenido el Padre!”. “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo para salvarlo”. Por eso se puede decir que creer en Dios es creer en el amor, es decir, saberse amado por Dios y acoger su amor y convertirlo en fuente y raíz de nuestra vida.

(El amor de Dios sostiene nuestro amor humano)

Ahora bien, el amor de Dios no entra en concurrencia con el amor que los humanos nos tenemos. Al contrario, el amor infinito, inagotable de Dios está llamado a hacerse realidad en el amor más efectivo y más realista hacia los hermanos. Así, la corriente caudalosa del amor de Dios garantiza la continuidad de nuestro amor al paso del tiempo y su permanencia en todas las circunstancias de la vida. “¿Quién podrá separarnos del amor de Dios?” le hemos oído a san Pablo. Nada; ni el hambre, ni las peores circunstancias; ni la vida ni la muerte, podrán separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. Y ese amor sostendrá, alimentará, fortalecerá y purificará vuestro amor mutuo, concediéndole la misma perennidad propia del amor de Dios.

Sabemos bien que los tesoros que comporta la vida cristiana los llevamos en frágiles vasijas de barro. Por eso necesitamos recurrir a la fortaleza de Dios. Por eso vuestra vida de matrimonio, de familia cristiana, tiene en el frecuente recurso a la piedad y a la oración la posibilidad de una ayuda preciosa para que consigáis la felicidad a la que aspiráis con el proyecto de vida compartida que comienza con esta celebración de vuestro matrimonio.

Juan Martín Velasco

5. Homilía para novios con vivencia cristiana

Romanos 8,35-36

Mateo 7,21.24-29

Querido N., querida N., Nos habéis reunido aquí para manifestarnos vuestro compromiso público de construir una vida en común. Todos nos alegramos por vosotros y al mismo tiempo compartimos vuestra misma alegría.

Una persona que llegase en este momento a esta celebración averiguaría muy pronto que hay un ambiente de felicidad, de gozo, de paz y serenidad, que no abundan excesivamente en nuestros encuentros más habituales. Y es que alegra el corazón poder contemplar que dos personas jóvenes, con toda la vida por delante, se aman, y en nombre de este amor empiezan a caminar juntas un camino que no siempre resulta fácil ni sencillo. Sois, queridos N. y N., como un viento renovado de primavera y una buena noticia en un mundo a veces hostil y que da la espalda a la ternura, la bondad y el amor.

(El amor es la realidad)

Comentemos un poco los textos que hemos escuchado.

Hemos escogido, como primera lectura de la liturgia de la Palabra, las palabras que mejor expresan la dignidad del ser humano. Los humanos somos seres creados *a imagen de Dios*, es decir, somos expresión de la identidad de Dios y *Dios*, según definición de san Juan, *es Amor*. Sois pues, vosotros dos en comunión, una confluencia de *dos amores*. ¿Puede haber una definición más digna y más bonita del matrimonio?

Sabemos, no obstante, que algunos nos podrán decir que hoy la palabra *amor* está devaluada y, a veces, vacía de significado. Mas aquí hablamos del amor auténtico, y por esto ha sido muy oportuno escoger, como segunda lectura, el gran canto de san Pablo al amor verdadero, el mejor poema escrito, sin duda, sobre las valiosas cualidades del amor.

Dejadme que subraye tres de estas cualidades

- un amor siempre enraizado en la verdad;
- un amor confiado y esperanzado;
- y un amor que os libere y os haga crecer como personas.

Tal vez las tres cualidades digan prácticamente lo mismo, aunque con algunos matices que quisiera exponer:

– El amor no puede nunca alejarse de la verdad y de la sinceridad. El amor nos desnuda del personaje que tenemos, a veces, la tentación de representar para hacer que nos reencontremos con la persona que somos. El amor busca siempre críticamente la verdad. El amor es incompatible con el engaño.

– El amor, siempre, confía en el otro. El amor es la comunión de dos personas tal como son, no como quisieran ser. Confiar es aceptarse mutuamente. Es crecer juntos desde el diálogo y el espíritu de superación.

– Y, sobre todo, lejos de esclavizarnos nos libera. El amor es la gran fuerza liberadora de las personas. La convivencia amorosa respeta íntegramente la personalidad de cada una de las partes. Os elegís desde la libertad y estáis dispuestos a entregaros mutuamente lo mejor de cada uno de vosotros.

(Construir sobre roca)

Queridos N. y N.: San Agustín comentó que, al crearnos Dios semejantes a él, puso en nuestro interior la inquietud del bien, de la verdad, de la belleza y del amor y que, por esto, nuestro corazón permanecerá

siempre inquieto mientras llegue el día en que podamos descansar plenamente en él.

Como lectura del evangelio hemos recordado al hombre y a la mujer prudentes que en su paso por este mundo saben edificar el edificio de su vida sobre roca. Os deseamos pues, de todo corazón, que vosotros edificuéis vuestro matrimonio, vuestra vida juntos, sobre esta roca del bien, la verdad, la belleza y el amor.

Que vuestro cariño sea muy creativo.

Leí en una ocasión un pensamiento que siempre me ha impresionado, y con el que quisiera acabar estas palabras: *Todos los hombres y mujeres intentan pasar por este mundo escribiendo una biografía (con su vida) por la cual sean recordados.* A partir de ahora la biografía será conjunta. Y os deseo entrañablemente que vuestra biografía sea espléndida y vuestro paso por este mundo deje una huella magnífica.

Que así sea.

Manel Simó